

# ECCO

*L. B.*

**MAYO 1960**

**REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE**

# ECO: revista de la Cultura de Occidente (1960-1984)

J. E. JARAMILLO ZULÚAGA

Reproducciones: *Alberto Sierra Restrepo*

*La primera entrega de la revista Eco apareció en mayo de 1960. La última en junio de 1984. Durante ese tiempo alcanzó a publicar 272 números y más de 40.000 páginas. Sus redactores fueron Elsa Goerner (1960-1963), Hernando Valencia Goelkel (1963-1967), José María Castellet (1964), Nicolás Suescún (1967-1971), Ernesto Volkening (1971-1972) y Juan Gustavo Cobo Borda (1973-1984). Contar la historia de una revista es difícil y, evidentemente, hay muchas formas de hacerlo. Existen las historias que siguen el hilo de una cronología y existen también las que persiguen una imagen que se desplaza. El ensayo que puedo ofrecer a continuación corresponde más bien a este último tipo de historias.*

## **OTRAS NOSTALGIAS: ELSA GOERNER**

**E** N AQUELLOS TIEMPOS el viajero que llegaba de visita a Europa y pasaba por los puertos de Amberes o de Copenhague, de Hamburgo, Liverpool o Amsterdam, podía encontrar, con suerte y siempre cerca del mar, a un personaje típicamente europeo al que las gentes del barrio conocían como “el viejo señor latinoamericano”. Ernesto Volkening lo había visto en su infancia varias veces y lo recordaba o lo soñaba, como tantas cosas que desaparecieron en las guerras europeas, embargado de saudade suramericana, consciente de su incapacidad para readaptarse a su provincia de origen y dueño de una curiosidad y sed de conocimientos que Volkening emparentaba con la del mismo Humboldt (140-141, 1972)\*. Esa gentil comparación traicionaba a Volkening: nada en común guardaba el viajero alemán con el viejo exiliado, como no fuera su pertenencia a un mundo abolido en el que la sed de saber convivía con el sentimiento clásico de una plenitud de la existencia. En otras palabras, la saudade que Volkening atribuía al viejo señor latinoamericano no era sino su propia nostalgia de Europa y de esa cultura de Occidente que durante tantos siglos Europa representó para el mundo. A lo largo de veinticinco años y algunas veces con más vigor que otras, la revista Eco alimentó esa nostalgia. En un comienzo, cuando la revista fue concebida como una publicación del Instituto Cultural Colombo-Alemán, sus traducciones le dieron los visos de una cruzada; al final, cuando de tantos lugares llegaban artículos exclusivos, identificó su tarea con las experiencias y los sueños de la literatura latinoamericana. En ambos casos, Eco nunca abandonó esa conciencia geográfica que es tan propia de toda nostalgia: sus lectores eran el Otro, eran Ultramar, y la voz que los primeros números aspiraban a divulgar consistía, por lo pronto, en una voz sin patria, exiliada de un viejo continente que ahora se entregaba a las vicisitudes de la industrialización y de la guerra fría. Unas palabras del escritor alemán Ernst Jünger le

\* A modo de referencia bibliográfica, señaló simplemente el número de la revista y el año de su publicación.

Propósito .....	1
<i>Hermann Hesse</i> , El poeta, cuento .....	3
<i>Jean-Claude Brisville</i> , Camus .....	12
<i>Gottfried Benn</i> , Tres poemas .....	36
<i>Werner Heisenberg</i> , El descubrimiento de Planck y los problemas filosóficos de la física atómica .....	46
<i>Werner Haftmann</i> , La rebelión silenciosa de los ar- tistas .....	67
<i>Wilhelm Röpke</i> , La educación para la libertad eco- nómica y las grandes decisiones de la actua- lidad .....	84
<i>Günter Blöcker</i> , La salida de emergencia – Ernst Jünger: "An der Zeitmauer" .....	100
<i>Gustav René Hocke</i> , Triunfo de un outsider en las letras – A propósito de "El Pardo" de Tomasi .....	105
Anotaciones .....	110

ECO REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE.

La publican *Karl Buchholz*, *Ernesto Guhl*, *Hans Herkrath*, *Hasso Freiherr von Maltzahn*, *Carlos Patiño*, *Antonio de Zubiaurre*. Licencia N° 0334 del Ministerio de Gobierno, Bogotá.

REDACCIÓN: *Elsa Goerner*, Calle 14, 5-46, Tel. 342316. Bogotá.

EDITORIA: *Librería Buchholz Galería*, Av. Jiménez de Quesada 8-40, Tel. 415896, Bogotá/Colombia.

*Contracubierta del núm. 1 bajo la redacción de Elsa Goerner.*

sirvieron de enseña: "El Occidente posee muchas ciencias y es capaz también de convertir en ciencia lo más insignificante, pero le falta ciencia de la felicidad" (1, 1960).

La preocupación por definir el Occidente es, pues, característica de los primeros tiempos de la revista. Algunas veces lo entiende como una ética o como una política que debe adoptarse frente a los países en desarrollo, otras veces lo entiende más bien como una forma de conocimiento, como una epistemología trágica según la cual el hombre de Occidente no abandona nunca la conciencia de su singularidad ni se resigna a la contemplación ni al *karma*. Todo quiere llevarlo a cabo en el tiempo que dura su única vida y, en consecuencia, sus días le parecen determinados por una cadena de decisiones irrevocables (41, 1963). El hombre de Occidente quiere saber más y vivir más. Los orígenes de su actitud pueden encontrarse en Grecia o en el Renacimiento, pero su figura ejemplar está más próxima a nosotros, en el tránsito del siglo XVIII al XIX, en los comienzos de la edad contemporánea: es la figura del Fausto que nos ha dejado Goethe; es, quizás más exactamente, la figura del mismo Goethe, tal y como lo testimonian los apuntes de Eckermann: el humanista cabal, entregado a su cotidiana pasión por el conocimiento y a su actitud de diletante desvergonzado (136, 1971). En un artículo dedicado a comprender la relación del humanismo con las ciencias sociales, Hans Freyer defendió esa actitud. Según Freyer, el diletante debía comprender "en el sentido originario y positivo de la palabra: [cuando] del amor a la cosa, de una inclinación sería resultaba un saber que se iba enriqueciendo poco a poco, hasta convertirse finalmente en un saber completo" (19, 1961).

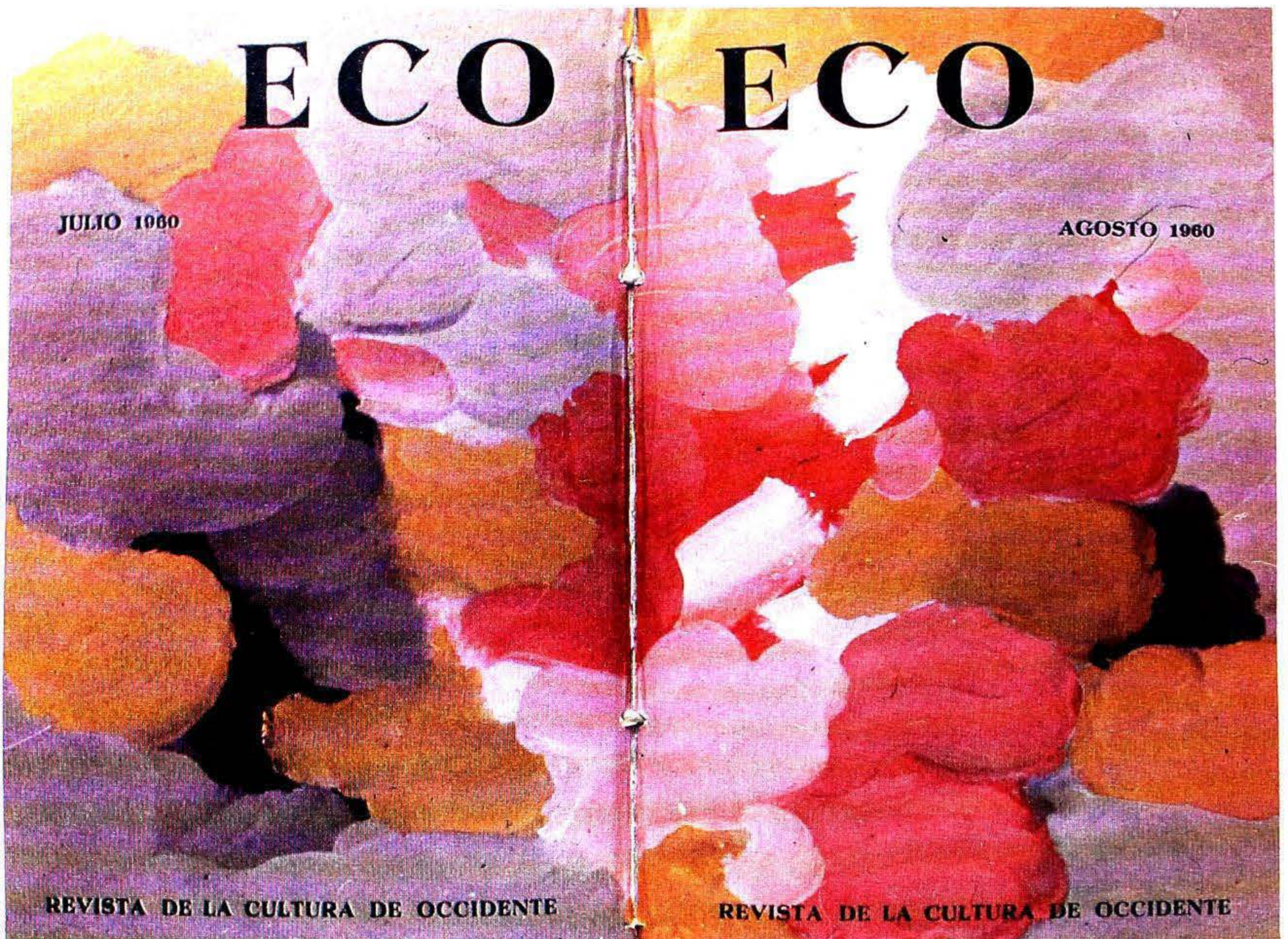
Pero Freyer hablaba en pasado. La revista Eco abogaba por un proyecto humanista que había perdido ya su vigencia. Por ese motivo hay que buscar el secreto de la longevidad de sus páginas en otra parte: en la persistencia admirable de su editor, Karl Buchholz; en la capacidad de sus redactores para introducir algunos cambios en la política de la revista sin alterar su orientación general y, sobre todo, en el hecho de que con el paso de los años sus lectores conformaron un grupo cada vez más fiel y homogéneo cuyos intereses giraban en torno a la expresión literaria. Sin embargo, en aquellos primeros días no



Karl Buchholz, 1978 (*Inversiones Cromos S.A.*).

existían esos 271 números que podrían justificar el primero. En mayo de 1960, cuando se puso en circulación ese primer número, aún no habían transcurrido veinte años de la segunda guerra mundial y lo poco que restaba del humanismo alemán todavía no salía de su desconcierto: ¿cómo pudo ocurrir ese fenómeno llamado Hitler en un país como Alemania? La revista *Eco* no abundó en el tema y, cuando le dedicó algunas páginas, lo trató con una discreción que resulta comprensible. En su artículo sobre “La libertad en un mundo desgarrado”, Otto Veit recordó el libro de Max Picard, *Hitler dentro de nosotros mismos*, de acuerdo con el cual la existencia del Tercer Reich sólo podía deberse a “la falta de cohesión interior del hombre contemporáneo” (22, 1962).

Mayor atención obtuvo el movimiento expresionista. Hay una historia del expresionismo alemán que puede seguirse en los primeros números de la revista *Eco* y que parece corroborar la desintegración del hombre contemporáneo de que hablaba Picard. No es una historia impasible. La embarga una gran nostalgia humanista y, al mismo tiempo, una suerte de voto de confianza en todo aquello que hace el hombre. La *ratio*, la actitud racional con que se ocuparon del arte expresionista y de otras manifestaciones del arte moderno, el propósito de concederle un estatus aceptable dentro de la tradición universal, el deseo de comprenderlo sin rechazarlo, es una de las virtudes humanistas de la revista *Eco*. Y no obstante, hay en todo esto una limitación. Si suponemos que el arte ha perdido el equilibrio entre forma y contenido y que sólo le resta un fragmento de materia abstracta (11, 1961), es obvio que nuestro punto de referencia sigue siendo el equilibrio clásico. *Eco* nunca se despojó de ese punto de referencia. Se atuvo a su nostalgia humanista para no saltar en el vacío, y cuando discurrió sobre los tiempos modernos lo hizo con una serenidad de estilo y una lógica clara de definiciones inmóviles. En la misma revista y en un artículo sobre “La imagen del hombre en el arte moderno”, Herbert von Einemen reconocía los límites del lenguaje racional con que la crítica solía ocuparse del arte. Si todavía era posible decir algo, las palabras ya no podían sucederse con la fluidez de un argumento, y más bien, deberían avanzar “por tanteos, explicando, interpretando con cautela” (2, 1960).



El diseño de las cubiertas de las revistas de julio y agosto de 1960.

Son, sin duda, los pasos de un tímido por una tierra desconocida, incierta y errática. Delante del humanismo se levantaba ahora un ser humano cuya única “cohesión interior”, si así podía llamarse, consistía en el vértigo del cambio continuo, en una “sistemática del riesgo” que, además, asediaban autoritarismos venidos de todas partes. Era la época de ese gran miedo que se llamó la Guerra Fría. En medio de las advertencias de J. Robert Oppenheimer sobre la inminencia de una tercera guerra mundial (10, 1961) o de las dolidas y confusas especulaciones de Theodor Eschemburg sobre la existencia del muro de Berlín (14, 1961), el mejor diagnóstico de la situación del humanismo de aquellos años puede encontrarse en un artículo de George Steiner, “¿El último marxista?”, que la revista Eco publicó en mayo de 1964. Steiner se refería a la decisión del crítico marxista Hans Meyer de no volver a su cátedra de Leipzig. A pesar de tantas presiones políticas, Meyer había conservado su cátedra durante muchos años. Sus escritos sobre Goethe, Kleist y Lessing mostraban una “exactitud y modestia de percepción” que eran muy propias del “humanismo centroeuropeo” ahora en desbandada: Erich Kahler vivía en Princeton, György Lukács en Budapest, Ernst Bloch en Tubinga, Friedrich Torberg en Viena, Elías Canetti en Oxford. Vistas así las cosas, la renuncia de Meyer venía a significar para Steiner el punto final de una época de la cultura germana, al mismo tiempo que anunciaba la definitiva entrega de Alemania oriental a la barbarie. Ya el Occidente no la comprendería y de seguro sus nuevas generaciones se sentirían más a gusto “en Pekín o en Albania que en Colonia” (49, 1964).

El mundo se llenó de desterrados. Muchos de ellos creyeron que se trataba de una situación transitoria, y como en el poema de Brecht, *Pensamientos sobre la*



ENERO 1961

FEBRERO 1961

*Enero y febrero de 1961.*

*duración del exilio* (33, 1963), se ilusionaban con la idea de que el regreso era inminente aunque se aplazara siempre un día más. Y, sin embargo, el destierro tenía que ver con algo menos evidente y más duradero que una razón política. No era sólo que el “humanismo centroeuropeo” del que hablaba Steiner se hubiera dispersado para sobrevivir; era, además, que ya no existía un territorio donde pudiera desarrollar sus presupuestos. Ingenuamente, Volkman-Schluck proponía al arte la tarea de “recobrar en una nueva visibilidad el mundo que desaparece en lo invisible de las construcciones científico-técnicas” (8, 1960). Su programa era insostenible. El lugar que antes ocupaba el hombre se pobló de artefactos asombrosos frente a los cuales los humanistas de otros días se comportaban con manifiesta torpeza. Desconcertados ellos mismos, pasaban sin solución de continuidad del rechazo a la admiración desmedida: como si se rindiera a un canto de sirenas, torpe y conmovedor, Teilhard de Chardin se paseaba por entre los ciclotrones de Berkeley (48, 1964).

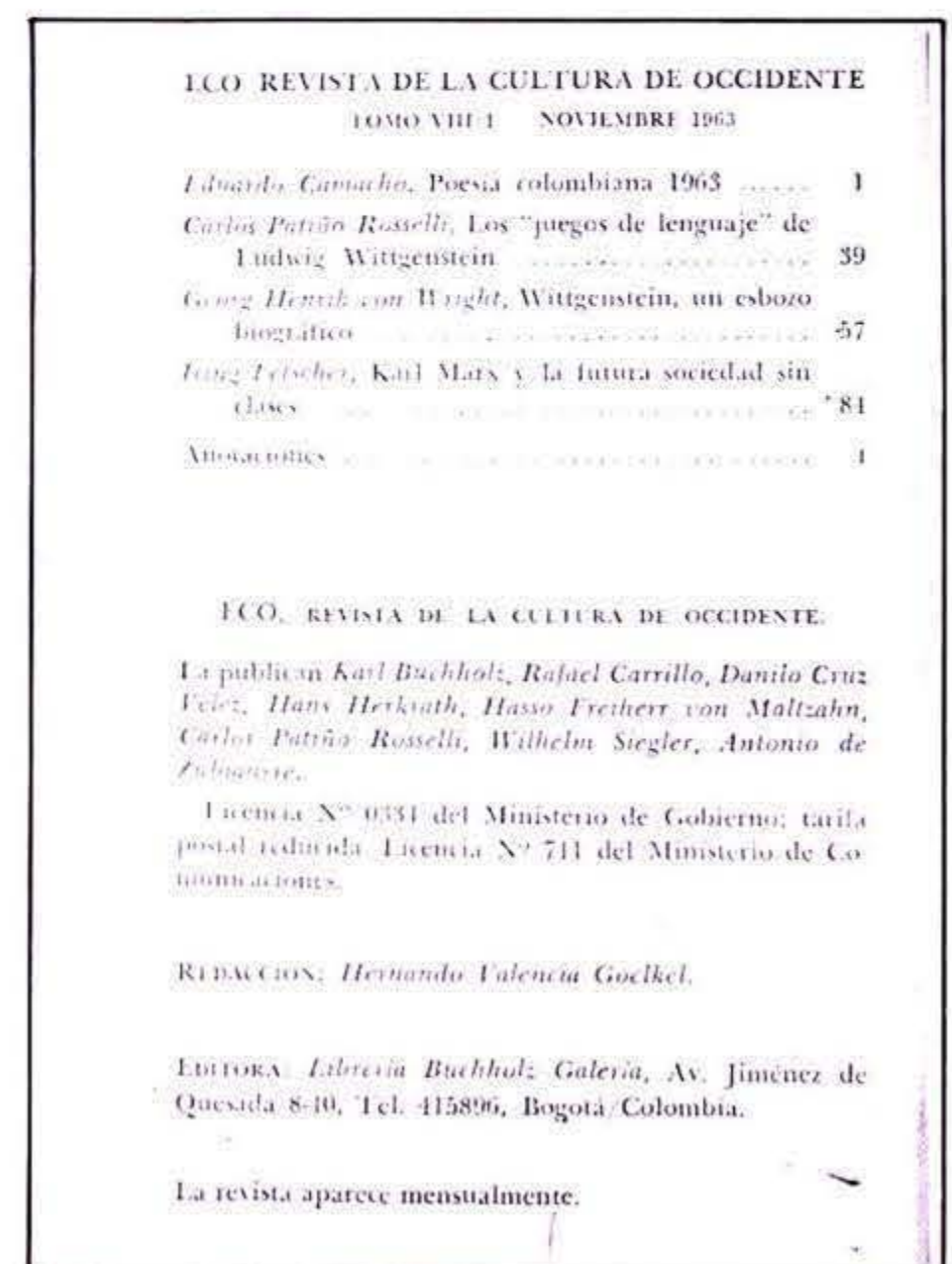
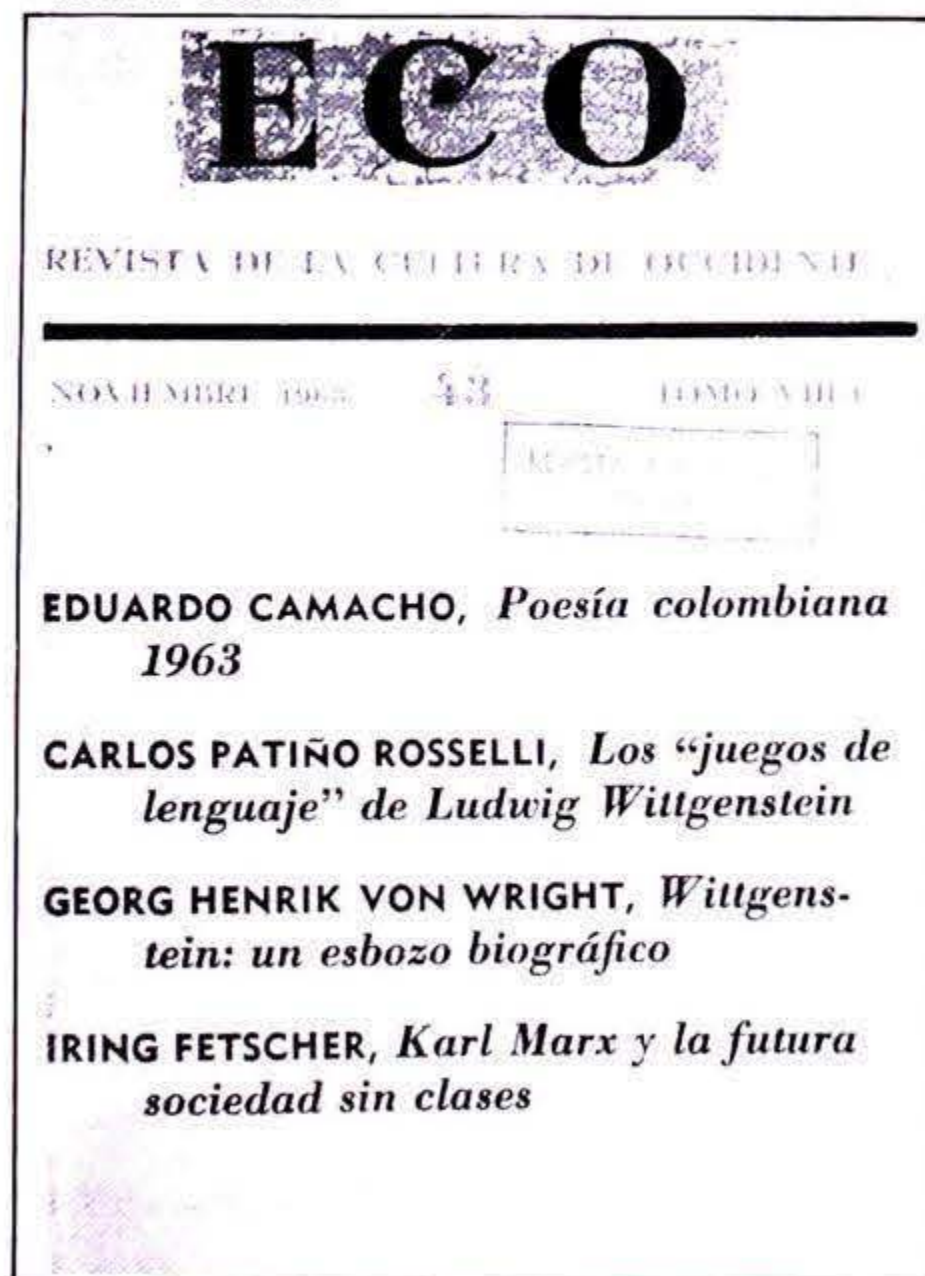
#### ***ESTA CARA DE LA MONEDA: HERNANDO VALENCIA GOELKEL***

En un principio, Eco fue la revista de un humanismo en el exilio. Sus artículos, sus traducciones de los artículos, decían a los lectores que aquellas cosas o aquellas preocupaciones existían en otra parte, en Europa, en el centro del mundo viejo. La exuberancia cultural de sus páginas nace del supuesto de que somos lectores precarios, ansiosos y desordenados como los lectores de todas las provincias. Eco quiso ponernos al día, pero su día ya no figuraba en el calendario más reciente. Los tres poemas de Gotfried Benn que aparecieron en

el primer número, un ensayo sobre Camus, un artículo sobre los problemas filosóficos de la física atómica y un estudio de economía, debieron de parecer muy contemporáneos en su momento pero, además, su publicación en el mismo número no respondía tanto al estilo de variedades, que es común a muchas revistas, como al deseo de comunicar una totalidad, una visión de la cultura a la que todavía no distorsionaba la especialización de los saberes. El estudio de economía no estaba escrito exclusivamente para los economistas ni el de física para los físicos o los filósofos. Si los artículos que contenía la revista se referían a asuntos de última hora, la ambición enciclopédica que los reunía era una manifestación más de su nostalgia de un hombre integral. Eco adoptó esta ambición como su rasgo más característico en el marco de nuestras publicaciones periódicas: a diferencia de tantas revistas que parecen escritas por escritores y para escritores, Eco era realizada por lectores y para lectores. En ella, la traducción y la reseña eran más frecuentes que la colaboración a título personal y enseñaban una pasión por la lectura que no ha vuelto a manifestarse de una forma tan clara. Sus traductores llegaron a ser más de ciento y alcanzaron a reunir un millar de textos que tomaban de libros alemanes, franceses o ingleses, y de publicaciones como Merkur, Neue Deutsche Hefte, The New Yorker y Die Seite. A medida que pasaron los años y aumentaron los números de la revista, fue posible reconocer el estilo y las preferencias de esos traductores. Antonio de Zubiaurre y el primer Nicolás Suescún traducían poesía alemana; Carlos Rincón, artículos de teoría literaria; Hernando Valencia Goelkel, ensayos literarios, y Ernesto Volkening, el más prolífico de todos, relatos de escritores alemanes por completo desconocidos en nuestro medio.

Eco nunca dejó de publicar traducciones, pero ellas fueron más abundantes en su primera época. Y si es posible hablar de una primera época es porque, en efecto, hubo otro momento en que los lectores que hacían la revista dirigieron su mirada hacia una cultura distinta y más cercana. En noviembre de 1963, cuando Hernando Valencia Goelkel asumió el cargo de redactor, existía en las calles una jubilosa circulación de novelas nuestras. *La ciudad y los perros*, *Rayuela*, *El reino de este mundo*, *Pedro Páramo*, *La muerte de Artemio Cruz* parecían escritas a un mismo tiempo y en una misma tierra; no eran obras aisladas,

*Cubierta y contracubierta correspondiente a noviembre de 1963, cuando asume la redacción Hernando Valencia Goelkel.*



conformaban una *literatura* y, quizás por primera vez, decían a lectores de diferentes nacionalidades que pertenecían a una sola cultura. El *Boom*, ese curioso bolivarismo literario, daba cuerpo a un optimismo que hoy comienza a parecernos inverosímil o ingenuo. Marta Traba lo saludó con entusiasmo y lo refirió a un movimiento cultural de más amplias dimensiones: “La lucidez crítica de Borges en la Argentina, el universalismo de Antúnez en Chile o de un Salazar Bondi en el Perú, la formación de una colonia venezolana de pintura en París, la creación de las Bienales de Sao Paulo que obligan a medirse en igualdad de condiciones a los americanos con los europeos y estadinenses, han ventilado vigorosamente el ambiente” (60, 1965).

Eran los tiempos felices de la literatura latinoamericana. En agosto de 1964, Eco recibió el apoyo de la editorial Seix-Barral y soñó entonces con una suerte de universalismo hispánico, con una publicación en la que colaboraran por igual escritores españoles y latinoamericanos. Desde España, José María Castellet compartió con Valencia Goelkel la redacción de la revista. El fervor de las palabras con que se presentó a sus nuevos lectores de ultramar nos parecen hoy, al cabo de veinte años, una cortesía del estilo antes que el manifiesto de una convicción. De pronto, y por gracia de una literatura como la nuestra, había que redefinir el Occidente; su antigua homogeneidad y cosmopolitismo debían ceder el paso a la exuberancia de las culturas regionales, a su diversidad, a sus innumerables e irremplazables peculiaridades. “Podemos llegar a conocernos tanto —soñaba Castellet; y los subrayados son suyos— que sepamos quién es el *otro* y sin olvidar, claro está, la presencia dinámica de los demás *otros* [...] que componen con *nos-otros*, aunque desde diversas tradiciones, la universalidad *una y varia* de nuestro tiempo” (53, 1964).

Fue un sueño breve. La participación de Seix-Barral no duró más de seis meses y, sin embargo, ese breve gesto de interés señala de forma evidente la nueva orientación de la revista: Eco quería servir de caja de resonancia a la nueva novela latinoamericana. Algunos años después, cuando ya nadie recordaba la asociación con la editorial española, Valencia Goelkel organizó una entrega dedicada por entero a Latinoamérica. El número de colaboraciones que reci-

Septiembre de 1967, redacción a cargo de Nicolás Suescún.

**ECO**

REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

SEPTIEMBRE DE 1967

IRING FETSCHER, *Los cien años del "Capital"*


GABRIEL MILLER, *¿Qué son los Kibuz?*

MALCOLM LOWRY, *Extraño consuelo*

MAX FRISCH, *Historias*

ALFRED WEBER, *El testimonio del arte plástico*

LOUIS ALTHUSSER, *El pintor de lo abstracto*



ECO REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

TOMO XV/5      SEPTIEMBRE 1967

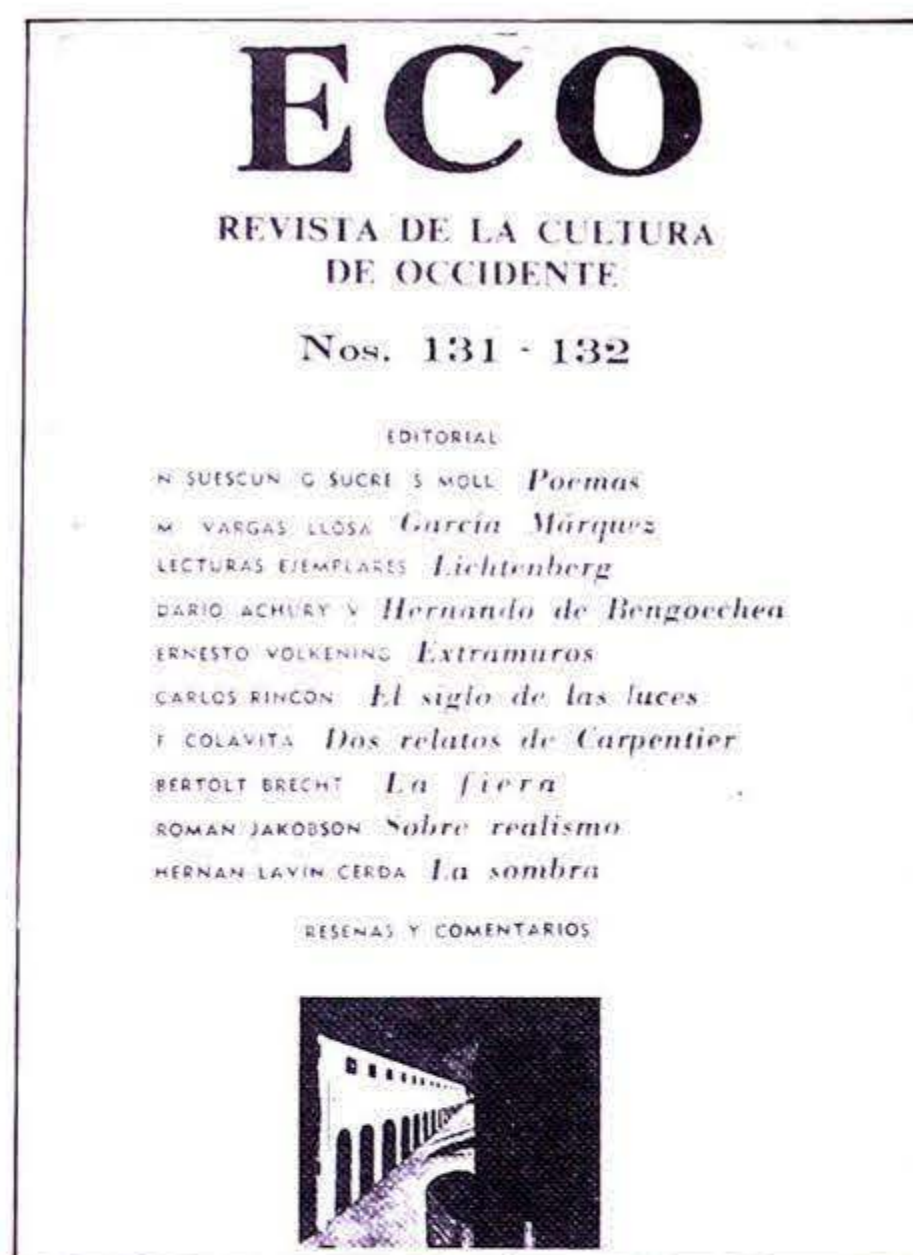
<i>Irving Fetscher, Los cien años del "Capital"</i> .....	453
<i>Gabriel Miller, ¿Qué son los kibuz?</i> .....	468
<i>Malcolm Lowry, Extraño consuelo</i> .....	497
<i>Max Frisch, Historias</i> .....	519
<i>Alfred Weber, El testimonio del arte plástico</i> ...	523
<i>Louis Althusser, El pintor de lo abstracto</i> .....	546
Anotaciones .....	562

ECO, REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE.

La publican *Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Fernando Charry Lara, Hans Herkrath, Hasso Freiherr von Maltzahn, Carlos Patiño Rosselli, Werner Reichenbaum, Wilhelm Siegler.*

Licencia N° 0334 del Ministerio de Gobierno; tarifa postal reducida. Licencia N: 711 del Ministerio de Comunicaciones.





1971, marzo y abril, asume la redacción Ernesto Volkening.

ECO REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE  
TOMO XXII/5-6 MARZO/ABRIL 1971

Editorial: A dónde vamos .....	453
Nicolás Suescún, Cuatro poemas .....	477
Mario Vargas Llosa, "El mar del tiempo perdido" un cuento de García Márquez .....	481
G. Chr. Lichtenberg, Hablando de sí mismo .....	506
Efigies de Lichtenberg .....	511
Dario Achury Valenzuela, Les crépuscules du matin .....	515
Ernesto Volkening, Extramuros .....	551
Carlos Rincón, Sobre el "Siglo de las luces" en América española .....	536
Guillermo Sucre, Poemas .....	588
Leoliva Colavita, Dos relatos de Alejo Carpentier .....	593
Bertolt Brecht, La fiesta .....	604
Roman Jakobson, Sobre el realismo histórico .....	612
Hernán Lavín Cerda, La sombra .....	625
Sebastian Moll, Poemas .....	630
Reseñas y comentarios .....	638
Anotaciones .....	658

ECO, REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE.  
La publican Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Fernando Charry Lara, Hans Herkrath, Hasso Freisheit von Maltzahn, Carlos Patiño Rosselli, Werner Reichenbaum, Wilhelm Siegler.

Licencia N° 0334 del Ministerio de Gobierno; tarifa para libros y revistas editados en Colombia. Permiso N° 56. Adpostal.

REDACCIÓN: Ernesto Volkening

bió fueron tantas, que lo movieron a expresar en una nota editorial su sorpresa y alegría:

*Eco ha ido abriéndose campo en su legítimo horizonte, en el mundo de autores y lectores donde puede tener [...] su vigencia. La revista se ha naturalizado, por así decirlo, en el ámbito hispanoamericano; y al hacerlo ha rebasado hasta cierto punto su concepción inicial de ser ante todo un medio de transmisión y de resonancia de otras voces, otras lenguas, otras culturas [82, 1967].*

Es un párrafo alborozado, pero también cauto. Por una parte, Eco no quería renunciar a su viejo propósito de divulgar "el humanismo centroeuropeo". Por otra, el prestigio de la literatura latinoamericana la obligaba a modificar la idea que hasta entonces se había hecho de sus lectores. El éxito de nuestra literatura no se comprendía sin la existencia de un nuevo tipo de lector. En efecto, no era un lector de provincia el que leía *La ciudad y los perros*, y si había algo de provinciano en él era porque buscaba en la hojarasca de la literatura una obra que le hablara de su propia cultura. En un principio, Eco no había medido el alcance de estas cosas; sabía, en cambio, que duraba, que año tras año la felicitaban y que periódicamente le criticaban su germanismo y su pobre interés en las letras colombianas.

La revista nunca desmintió su inclinación por la cultura alemana. "España y gran parte de Hispanoamérica —dijo Udo Rusker— le deben su desarrollo ante todo al influjo de las culturas alemana y francesa" (51, 1964). Discutir esta afirmación no es importante. Más escandaloso debía parecer entonces el hecho de que sólo hasta el número 5 de 1960 apareciera el primer texto de un autor colombiano, "Sharaya" de Alvaro Mutis, y que el segundo, "La filosofía y la cultura" de Danilo Cruz Vélez, tuviera que esperar hasta el número 9 de 1961. Fue en la celebración del quinto aniversario cuando Valencia Goelkel dio el primer paso para zanjar la cuestión: había que sentirse orgullosos de la trayectoria de la revista, de sus siete mil páginas publicadas, de la seriedad y el prestigio de sus colaboradores; así mismo, debía entenderse que Eco renunciaba a participar en la polémica cotidiana y optaba por reflexionar detenida-



ECO	TOMO XXVI/8	Nº 153
<i>Durante 12 años</i>		1
Danilo Cruz Vélez: Nihilismo e inmoralismo		3
Werner Schmalenbach: Pablo Picasso (1881-1973)		34
Hermann Broch: Relatos del zodiaco		42
Hermann Broch: El espejo del mar		50
E. Anderson Lubert: Al margen		60
William Agudelo: Poemas		65
Gabriel Rodríguez: Páginas		68
E. Halton: "¿Quién mató a la francesa?"		72
El poder de las matemáticas		85
H. C. Mansilla: Política, moral y esperanza		91
CRÍTICA DE LIBROS:		
R. Cano Gaviria: <i>Fontaine y las visitadoras</i>		108
Policarpo Varón: <i>Los pies de barro</i>		115
Marta Camfield: Dos libros de Jean Franco		117
A. Aristizábal: La poesía de Elkin Restrepo		120
América		124
ECO la publica:		
Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Fe- nanda Charry Lora, Hans Freiherz von Maltahn, Carlos Patino Roselli, Hernando Valencia Goelkel, Nicolás Sues- sán, Ernesto Volkening, Aurelio Arturo, Pedro Gómez Val- deolmillos, Jorge Eliecer Ruiz, Ramón Pérez Mantilla.		
REDACCIÓN: J. G. Cobo Borda.		
Licencia 0554 Mitigatorio. - Tarifa para libros y revistas editados en Colombia. Permiso 50, Adpostal.		
Buchholz - Avenida Jiménez de Quesada N° 8-40.		

Núm. 153, enero de 1973 con la redacción de Juan Gustavo Cobo Borda.

mente sobre "los problemas de todo orden que agitan a los países de habla española" (60, 1965). No sólo era una forma sensata de responder a las críticas. Era también un reproche: Valencia Goelkel no conocía a sus interlocutores, respondía a una opinión que estaba en el aire pero que nadie se atribuía, que nadie ponía por escrito y que nadie sabía argumentar con suficiente convicción en las reuniones literarias. Al quejarse por tan extraña combinación de indiferencia, crítica y chisme, el redactor de la revista ponía el dedo en la llaga: era como encontrarse en un país oscuro donde las voces de mil ciegos se cruzaban sin ningún objeto. Había que preguntarse a fondo cuál era el eco de Eco en estas tierras.

## LOS DOS ROSTROS DE JANO: ERNESTO VOLKENING

Durante medio siglo, Ernesto Volkening recorrió las calles de esta ciudad y sus cafés y conversó con sus gentes y dedicó gran parte de todo ese tiempo a la traducción y a la lectura. Había nacido en Amberes en 1908 y se había radicado en Bogotá a mediados de los años treinta. Las páginas que escribió permiten imaginarlo como un viejo señor europeo, embargado de nostalgia por su patria, consciente de su incapacidad para volver a vivir en ella y dueño de un acervo cultural familiar y profundo. Su diario registra aquellas caminatas y ese movimiento habitual de su espíritu que lo volvía hacia una Europa perdida, anterior a la guerra. El 21 de septiembre de 1967 escribió en su diario: "En mis paseos de la tarde por el viejo Chapinero (o lo que de él queda) surge a veces del estrépito de la gran ciudad una isla de silencio profundo [...]" (219, 1980). En la entrada del 3 de noviembre de 1969, anotó: "Hoy, cuando regresaba del centro en bus, se me ocurrió pasar revista a mis gustos y preferencias en materia de artes y letras. Sin hacerse esperar, acudieron a paso ligero: el gótico tardío, desde el estilo de la capilla borgoña y la torre de la capital de Amberes [...]" (244, 1982). El 8 de febrero de 1975 dice:

*A juzgar por mis actividades económicas y —por ende— mi condición social, soy un anacronismo viviente, aliquid monstruo simile, algo así como el ternero que nació con dos cabezas. En una época*

*caracterizada por la tendencia creciente hacia la polarización en torno de los dos extremos del management omnipotente y de legiones de sumisos empleaduchos — heme aquí luchando como un desesperado por el libre ejercicio de la profesión [244, 1982].*

En la errática tradición de la crítica en Colombia, Volkening ocupa un lugar singular. Mientras escritores como Baldomero Sanín Cano y Hernando Téllez dieron por sentada una cultura o un principio cultural y juzgaron nuestros productos culturales de acuerdo con ese principio que ellos creían indiscutible, Volkening debió cuestionar nostálgicamente todos sus puntos de referencia. Es una curiosa forma de adoptar una posición marginal: su nostalgia le cerraba todas las puertas y le llenaba la boca de preguntas. En pleno siglo XX no era especialista, ni patrón, ni empleado, ni europeo, ni americano. En una nota necrológica de 1983, Juan Gustavo Cobo Borda apunta que Volkening había “hallado ‘el origen’ allí donde opera la auténtica imaginación crítica” (262, 1983). Esa opinión es excesiva y está inspirada más bien por la admiración y la gentileza. Si hallar el origen es una manera de hallarse a sí mismo, Volkening no se hallaba o se reconocía en ninguna parte. Su obra crítica se funda en el supuesto de que el origen es irrecuperable. El hombre que sueña en un bus bogotano con la torre de la capital de Amberes y que se considera a sí mismo como un anacronismo viviente, no cesa de hacerse una vasta pregunta acerca del origen. Su imaginación crítica le permitía mantener en pie esa pregunta, pero aun el ejercicio de la crítica tal y como se realizaba en aquella época le resultaba extraño. Jorge Rufinelli, al reseñar los dos volúmenes de *Ensayos* de Volkening, observa que su gusto por las reflexiones generales le impedía no sólo comprender los minuciosos afanes del estructuralismo sino también considerar la literatura en su dimensión social. Su idealismo lo obligaba a establecer ontológica y aun etiológicamente una identidad cultural. “*Ensayos I y II* —termina diciendo Rufinelli— [se] iban a llamar en su origen *Los dos rostros de Jano*: a horcajadas entre dos culturas, Volkening ha sabido mantenerlas separadas e identificables, pero su verdadero rostro no es más que la unión imposible de aquellas dos” (204, 1978).

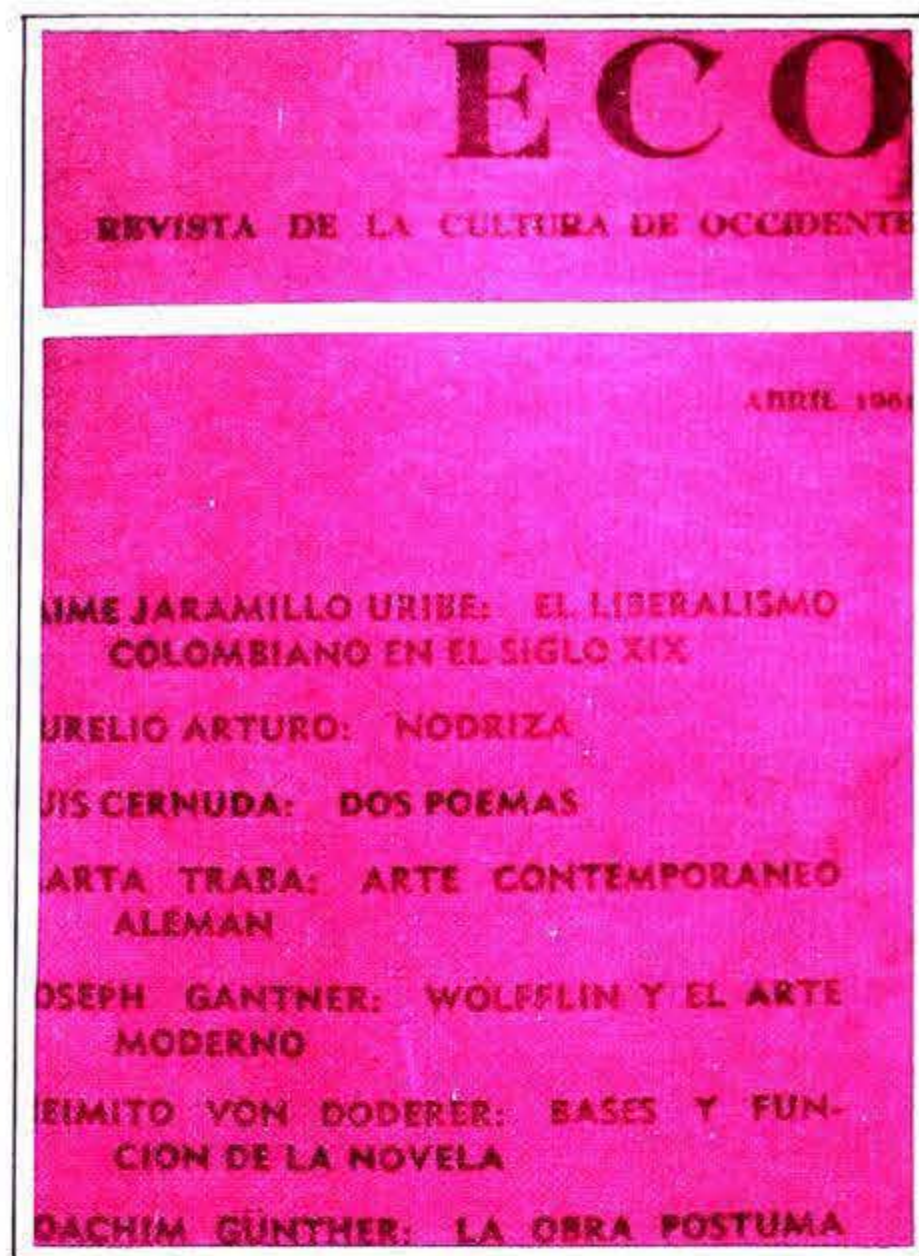
Podemos compartir o no las ideas de un escritor, pero admiramos siempre su fidelidad a un deseo imposible, su obstinación en torno a una pregunta que lo desgasta. En el caso de Volkening esa pregunta abarca los dos polos de un *ubi sunt*: ¿dónde está, si aún está, la cultura de Occidente y cuál es la posición de Latinoamérica dentro de esa cultura? Ambas cuestiones aparecen en artículos como “Gabriel García Márquez o el trópico desembrujado” o en “A propósito de *La mala hora*” (40, 1963), que son tal vez los primeros artículos serios que se escribieron sobre la obra del narrador costeño; pero también se encuentran, y de modo más evidente, en ensayos como “Aspectos contradictorios de la apropiación de bienes culturales de raíz ajena” (76, 1966), “La América Latina y el mundo occidental” (100, 1968) y principalmente en el extenso editorial que escribe cuando asume la redacción de la revista y que titula “A dónde vamos” (130, 1971).

Tomando como punto de partida para sus reflexiones el subtítulo de Eco, “Revista de la Cultura de Occidente”, Volkening entiende que los límites de esa cultura no son definibles ni definitivos, y que si en otro tiempo sus fronteras se extendían hasta los montes Urales, hoy en día llegan apenas hasta la Cortina de Hierro. A esa reducción geográfica del mundo europeo corresponde una progresiva falta de confianza en los valores que antiguamente defendía. Una y otra vez y de muy distintas maneras, Volkening afirma que “la cultura occiden-

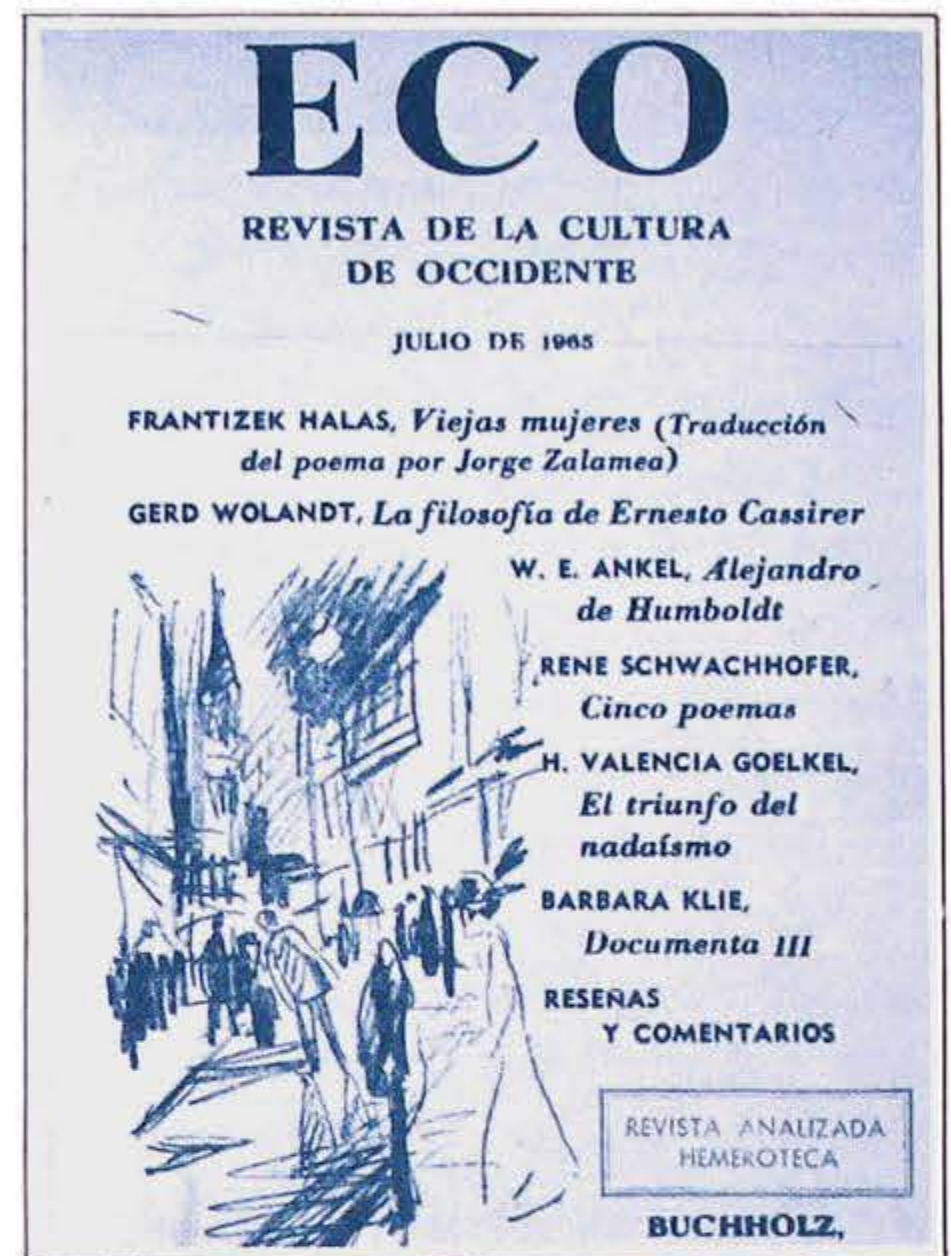
tal es una enferma en plena crisis”. Tal convicción, que ya había esbozado por la época en que Nicolás Suescún era el redactor de la revista, quiere ser menos una conclusión que la raíz de un programa intelectual. En principio, Volkening diferencia su posición con respecto al resignado pesimismo de Spengler y su *Decadencia de Occidente*, al tiempo que rechaza lo que considera como el ingenuo optimismo de la utopía marxista. Su propósito, el que quiere dar a Eco, es el de comunicar la imagen de una cultura en crisis, y no tanto porque tenga alguna esperanza en la superación de esa crisis, como porque enriquecer una conciencia crítica es lo único que resta a la racionalidad europea. Unas buenas páginas, dice, “estimulan el descontento frente al estado de la cultura contemporánea y más eficazmente contribuyen a nuestras inquietudes que cien manifiestos mal concebidos y peor escritos”.

Nunca como en ese editorial se había expuesto con tanta sencillez la naturaleza de la revista: “Si la transmisión de bienes culturales de procedencia europea constituye uno de los objetivos de la Revista, el otro se define por su publicación en Bogotá, una de las capitales de América Latina”. Consecuentemente, lo que corresponde hacer ahora es definir aquello que pueda ser ‘América Latina’. Volkening sabe que se trata de una tarea hiperbólica y que, al menos en su caso, existe el impedimento de no ser americano de origen. No es, por supuesto, un impedimento serio pero explica el hecho de que, al final, y a pesar de sus mejores intenciones, le resultara imposible despojarse de esos puntos de referencia que tanto cuestionaba. Por una suerte de ingenuidad o de fatalidad, Volkening sigue viendo este continente en términos que corresponden a la tradición europea de lo exótico (o de lo Otro), y cuando llega el momento de apuntar alguna definición se sirve de las opiniones de los viajeros europeos que visitaron estas tierras en el siglo XIX. Así pues, América Latina es ‘un ser para sí’, ‘un mundo en gestación y en busca de sí mismo’, una cultura frágil que por desgracia se ha visto expuesta en el presente siglo a la influencia de la ‘unidimensionalidad’ que representa *the American way of life*.

Un doble reparo debe hacerse a estas afirmaciones. En primer lugar, no es difícil estar de acuerdo en que la influencia de los Estados Unidos en Latinoamérica ha sido perturbadora; sin embargo, la crítica que hace Volkening no se funda tanto en una necesidad de *ser* de Latinoamérica frente a otras culturas, como en el hecho de que esa ‘unidimensionalidad’ ha significado para Europa la pérdida de un área de influencia. Pero además y en segundo lugar, cabe discutir si este tópico de “el ser que aún no somos”, si este tópico de “la búsqueda de identidad” no es característicamente europeo y si no tiene por objeto ubicar a Europa entre aquellas culturas privilegiadas que ya han encontrado tal identidad. Justamente y en un artículo titulado “Periferia europea”, Hans Magnus Enzensberger había denunciado esa intención e incluso había llegado a afirmar que antinomias como “nosotros/ellos”, “los mismo/lo otro” (de las que, por ejemplo, se había servido Castellet) correspondían a una actitud defensiva de Europa frente al mundo (105, 1969). Las reflexiones de Volkening nunca escaparon al juego de estas antinomias. Y no obstante la distorsión en que incurrieran, esas reflexiones bien pueden honrarnos y honrar la historia de nuestra crítica. El dilema que vivió hasta el final de su vida, el conflicto entre su añoranza de Europa y su inclinación por ‘América Latina’, tiene algo de trágico y de conmovedor. Si Europa, como él mismo lo reconocía en su “Patografía de la arquitectura moderna” (188, 1977), ya no era la rectora espiritual de Occidente, si había dejado de ser la protagonista del teatro universal, si había perdido su poder creativo y su autoridad, entonces, ¿qué objeto tenía permanecer en una orilla del mundo para desear la otra?, ¿qué



Otros diseños de las cubiertas de Eco: abril de 1961, julio de 1965, diciembre de 1980.

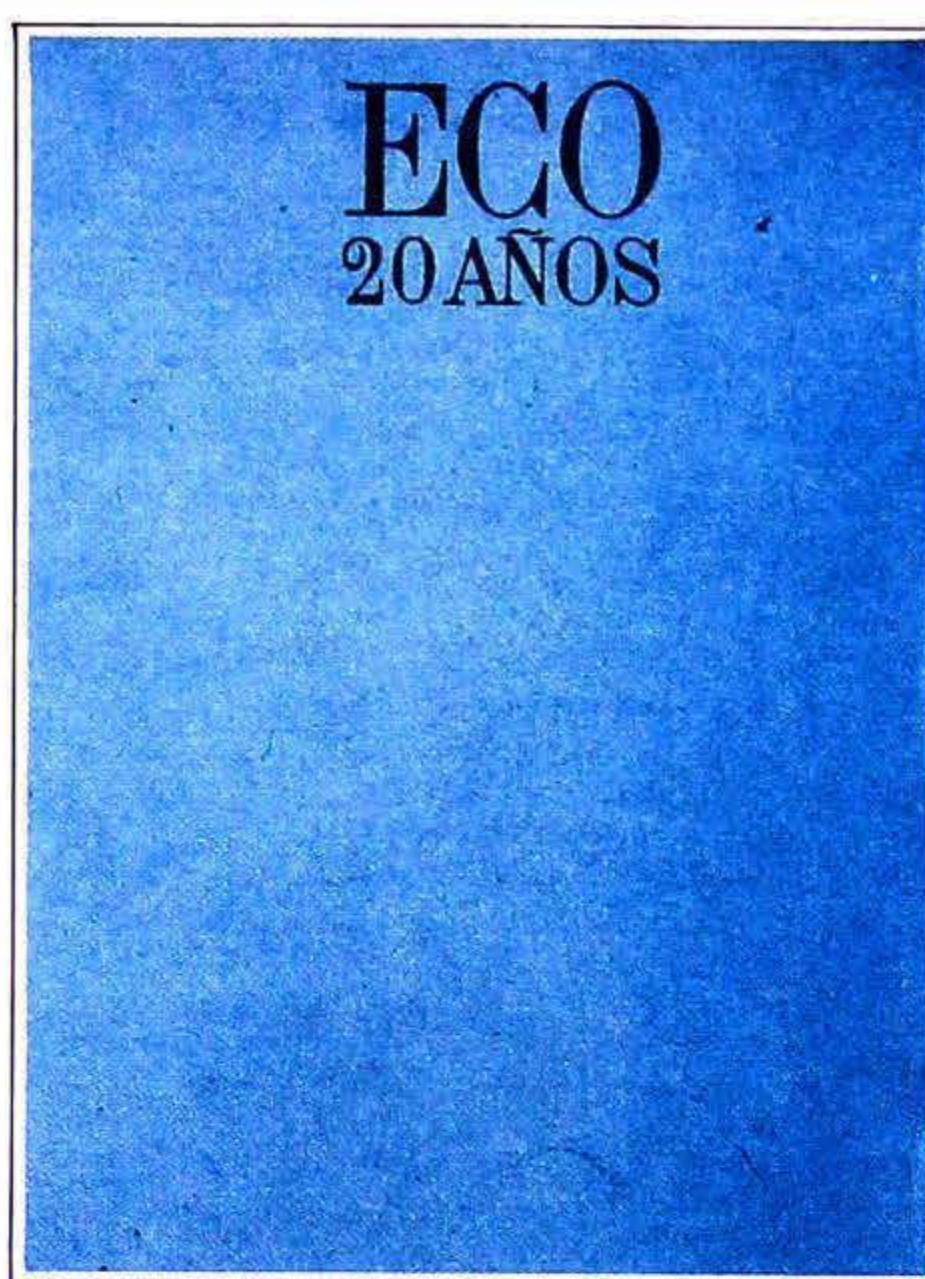
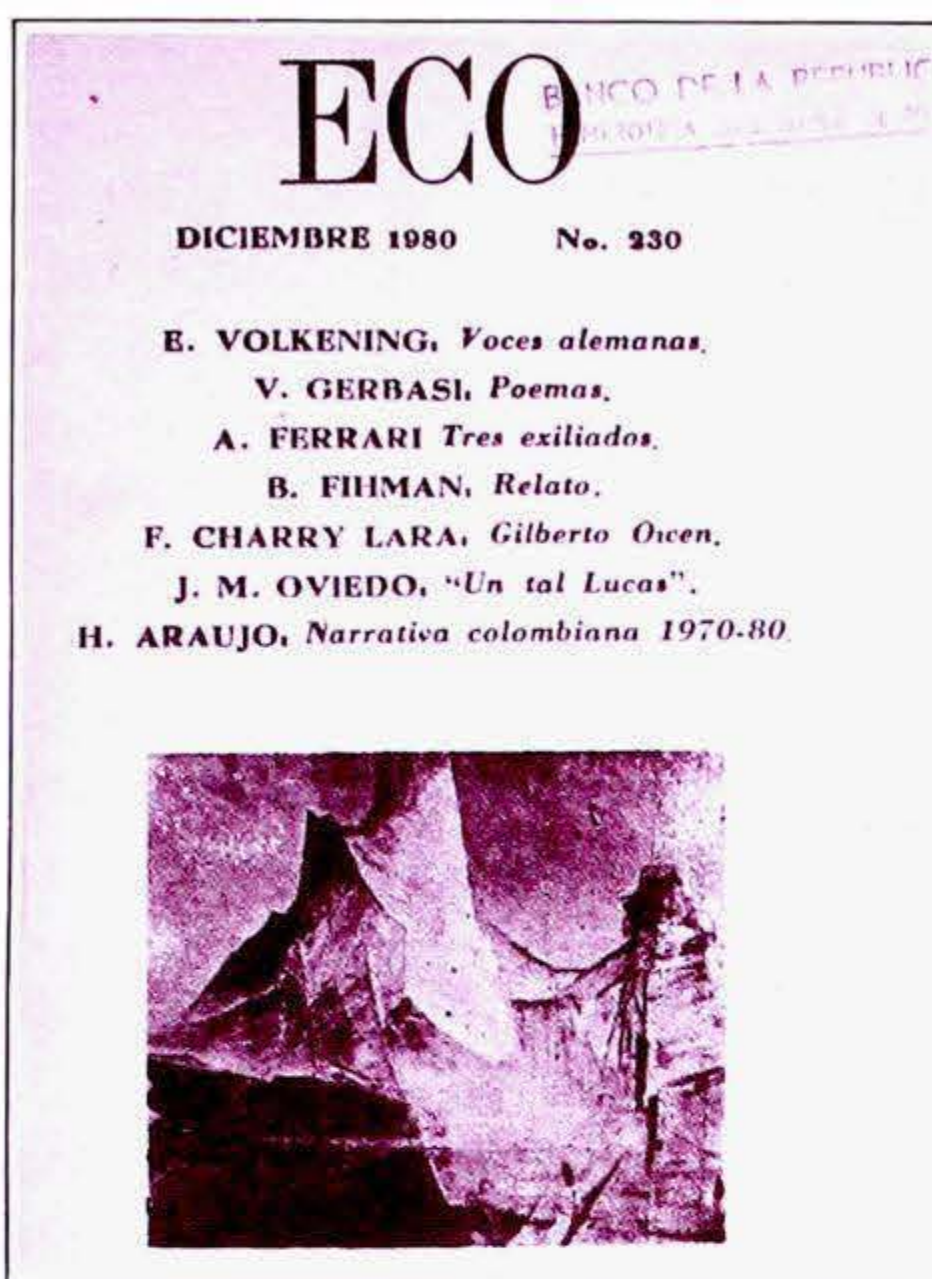


objeto tenía reflexionar una y otra vez sobre las orillas del mundo?, ¿no era mejor quizás soltar el lastre de toda nostalgia?

### **LA ALEGRÍA DE LEER: JUAN GUSTAVO COBO BORDA**

“Todavía tengo presente —escribe Enrique Heine— el instante en que muy de mañana, salí de la casa a escondidas y ansioso de leer el *Quijote* sin ser molestado por nadie fui volando al parque Ducal” (152, 1972). Y Efraín, en la novela de Jorge Isaacs, rememora del mismo modo la tarde en que leía una novela de Chateaubriand: “veíamos a la derecha —dice— en la honda vega rodar las corrientes bulliciosas del río, y teniendo a nuestros pies el valle majestuoso y callado, leía yo el episodio de Atala” (cap. XIII). Hay, al parecer, una tradición del lector idílico que comparten varias literaturas y que bien puede encontrar sus antecedentes en las obras pastoriles del Renacimiento. Es como si al pastor que canta sus penas de amor hubiera sucedido este lector enmarcado por el paisaje. Para quien se decidiera a escribir una historia de la lectura, no sería difícil documentarla con esos daguerrotipos en los que un joven de mirada soñadora contempla un paisaje sepia mientras un libro se abre entre sus manos. Con justa razón podemos preguntarnos si alguna vez terminó de leer aquel libro, si alguna vez pasó a otro y a otro, pues en nuestra época la alegría de leer no consiste sino en el vértigo de la lectura. Leer, para nosotros, nada tiene que ver con esa mirada distraída que va de la página al paisaje y del paisaje a una musaraña. La lectura es otra cosa. Es cambiar de posición constantemente, subrayar, escribir alguna nota, consultar otro libro, un diccionario o a un amigo. El lector con que sueña la revista Eco es un lector vertiginoso cuya ansiedad corre en todas direcciones y cuya mirada apenas sí se distrae de la lectura. Las páginas que se encuentran ante sus ojos no se le entregan tan fácilmente. Nadie puede complacerse en sus artes porque no las hay. Quien quiera hojear esta revista tendrá que leerla, leer un párrafo aquí y otro allá, leer más de lo que él mismo quisiera, más de lo que él mismo hubiera imaginado.

Eco, hemos dicho, se originaba en un doble motivo: en su nostalgia de Europa y del “humanismo centroeuropeo”, y en la actitud pedagógica que adoptaba



Otros diseños de las cubiertas de Eco.

frente a los lectores latinoamericanos. Su influencia en la formación de nuestros escritores es grande. A ello contribuyó tanto como la revista Mito, sólo que de un modo más hondo y pausado y menos espectacular. No hablamos de un grupo Eco en el mismo sentido en que nos referimos a un grupo Mito. Este fue un grupo de escritores que expresaba sus gustos y afinidades a través de una revista y que, por tanto, se interesaba en publicar textos literarios “universales y contemporáneos”. Eco fue más bien un grupo de lectores e intelectuales, lo cual les permitía ser más heterogéneos: no tenían todos la misma edad, ni la misma nacionalidad, ni expresaban sus preocupaciones intelectuales del mismo modo. En los tiempos en que Elsa Goerner se ocupó de la redacción de Eco, la revista expresó más claramente los problemas del “humanismo centroeuropeo”. Valencia Goelkel, al tomar el lugar de Goerner, apenas sí modificó esta situación: se esforzó por inclinar la balanza hacia la literatura latinoamericana, pero su mayor logro consistió en elevar la calidad de los ensayos que traducía y publicaba la revista. Nicolás Suescún no tuvo esa inteligencia. Durante los años en que trabajó como redactor de Eco, el ensayo perdió importancia frente a la narración o la poesía. En esta época se publicaron textos de Policarpo Varón, Elisa Mújica, Darío Ruiz Gómez, Umberto Valverde y Marvel Moreno. La revista se apartó entonces de su propósito inicial y ya no correspondió tan literalmente a su propio nombre. Las traducciones fueron menos frecuentes y, cuando las había, mostraban un especial interés por la dimensión social y política de la literatura. Al final, cuando Ernesto Volkening asumió la redacción de la revista, Eco recuperó esa lucidez del ensayo que había tenido en los tiempos de Valencia Goelkel, pero al mismo tiempo abrió un espacio a la creación y a la crítica latinoamericana, tal y como hubiera querido Suescún.

El último de los redactores de Eco, Juan Gustavo Cobo Borda, terminó por inclinar la balanza hacia Latinoamérica. No debió ser difícil. Tampoco debió serlo asumir la redacción de una revista que ya tenía doce años de fundada y un cuerpo respetable de colaboradores. No debió ser difícil, salvo por dos motivos: porque el hombre que aceptó esa responsabilidad tenía apenas 24 años y porque el dinamismo que inspiró a Eco fue superior muchas veces al que le dieron sus antecesores y aun quizá al que haya tenido cualquier revista publi-

cada en Colombia en toda su historia. Cobo Borda desempeñó el cargo de redactor de Eco durante doce años, y durante doce años la revista no conoció sosiego ni descanso. Incluso cuando en 1976 debió ser suspendida por razones económicas, Cobo Borda buscó la manera de publicar en Colcultura una antología que estuvo a cargo de Alvaro Rodríguez y que recogió los mejores ensayos de autores colombianos que habían aparecido en la revista. Y una vez vuelta a la circulación, la lectura continuó en su fiesta. En estos años se publicaron estudios sobre José María Arguedas, César Vallejo, Gabriel García Márquez, Juan Carlos Onetti, Jorge Zalamea, Leopoldo Lugones, Juan Goytisolo y Mario Benedetti, entre otros. El número 200 es una apreciable antología de la crítica latinoamericana en la que figuran ensayos de Angel Rama, Guillermo Sucre, Rafael Gutiérrez Girardot y Carlos Rincón. Los artículos sobre arte, filosofía y teoría literaria nunca fueron más abundantes. Eco hospedó en sus páginas textos de Lévi-Strauss, Roland Barthes, Walter Benjamin, Hans Robert Jauss y Mijaíl Claude Bajtin. Se tradujeron textos de poetas norteamericanos como Robert Penn Warren, Elizabeth Bishop, Robert Lowell, William Carlos Williams, John Ashbery y Allen Ginsberg, pero también allí vieron la luz escritos de Mario Rivero, Alba Lucía Angel, Roberto Burgos Cantor, Julio Olaciregui, María Mercedes Carranza y Darío Jaramillo Agudelo.

Tantos nombres pueden inspirar al mismo tiempo fatiga y admiración. Podrían agregarse muchos más, pero los que he mencionado bastan para sugerir el amplio espacio que cubrían las lecturas de Cobo Borda y para confirmar el hecho de que, a pesar de tantas críticas (muchas de ellas acertadas) que ha recibido, es uno de los lectores más influyentes de nuestra historia literaria moderna. Ya fuera en los días dorados de Colcultura, cuando también era redactor de Eco, o más tarde, en los últimos años, y siempre por una suerte de vocación y de oportunidad, le ha correspondido ocupar ese espacio marginal y con funciones directrices del prologuista, del editor o del antólogo. Esto es algo que se dice habitualmente de Cobo Borda, y la ironía con que se dice bien puede indicar que sus textos, marginales y con funciones directrices, ya no son tan eficaces como en otras épocas. En contraste con los estudios literarios que las universidades y otras instituciones culturales se esfuerzan actualmente por realizar, los escritos de Cobo Borda se saben epígonos de la única tradición crítica que hasta hace poco podía definirse con claridad y que consiste en presentar una obra y promoverla o difundirla entre los lectores. Es verdad que esta tarea será siempre necesaria, pero durante mucho tiempo nuestra crítica literaria se dedicó única y exclusivamente a ella sin hacer caso de sus consecuencias: la brevedad del texto, la escasa profundidad de sus afirmaciones y el tono encomiástico de sus juicios. Nuestra crítica siempre ha tenido el sueño de una obra más comprensiva y menos errática o azarosa. Es un sueño cíclicamente frustrado en lo que va de Baldomero Sanín Cano a Hernando Téllez, de Hernando Téllez a Valencia Goelkel, de Valencia Goelkel al mismo Cobo Borda. En el prólogo a una colección de artículos de Sanín Cano (publicado en Eco, 189, 1977), Cobo Borda citaba, para rechazar, unas líneas de quien puede ser considerado como uno de sus antecesores:

*Se ha hecho al presente escritor la crítica de no haber aplicado su diligencia a la elaboración de una obra orgánica, en vez de colecciones de artículos sin un nexo palpitante entre las diversas secciones de que se compone. El autor no tiene más excusa que su incompetencia.*

Creo que haremos bien en imitar a Cobo Borda y rechazar estas palabras de Sanín Cano, pero ante todo por su excesiva modestia. Hay una razón, distinta

de la incompetencia, que puede explicar esta fatalidad de nuestra crítica y que consiste en que nunca ha dejado de concebirse a sí misma como una crítica de ocasión y por tanto ha visto en el artículo de periódico o de revista el mejor medio de realizar su tarea. Durante mucho tiempo la crítica literaria ha derivado entre su sentido de urgencia y el anhelo de un libro orgánico. Como muestran los números monográficos sobre Holderlin, sobre Nietzsche, sobre la crítica literaria latinoamericana, ese anhelo también se encuentra en la revista Eco. Es un anhelo curioso en una publicación periódica, es el anhelo de presentar un corpus coherente para permanecer, para durar más allá de los tiempos a los que deseaban responder sus páginas. Ha pasado ya un lustro desde que dejó de publicarse esta revista a la que inspiraba una nostalgia de otras voces y, sin embargo, sus números no han dejado de circular: van pasando de mano en mano, de lector en lector, se van gastando, van dando tumbos, desaparecen muy lentamente. Ante nuestros ojos comienzan a desdibujarse esas imágenes en que mejor la reconocíamos: la del viejo señor latinoamericano o europeo que vive y recuerda su cultura en una de las orillas del mundo (siempre la otra; siempre la orilla equivocada); la de un humanismo que se refugia en Princeton, en Oxford o en Budapest y sabe que tiene los días contados; la de los tiempos exultantes de ese bolivarismo literario al que llamamos el *Boom* latinoamericano; la de un lector vertiginoso cuya ansiedad quiere abarcar todos los horizontes que el texto le propone. Como decía Cobo Borda de la revista Sur (232, 1981), como podríamos decir nosotros de Mito o de la revista Contemporáneos, Eco forma parte ya del extraviado inconsciente de nuestra cultura.